

# Una mujer de bastón

FEDERICO PATÁN

*Un cadáver es un punto terminal, evidente e irrevocable.*

Lois Parkinson Zamora

Apareció de pronto. Como si hubiera surgido del aire y no del brumoso exterior, tan próximo a la lluvia. Madura, severa en el vestir, de bastón. Porque una suave, apenas insinuada, cojera le moldeaba el ritmo de los pasos dándole, espejismo sin duda, elegancia. Apareció de pronto y sólo yo, en el atiborrado local, tuve un asomo de curiosidad. Quizás porque parecía ajena al bullicio que me rodeaba. El bastón, la ropa severa, la madurez eran señales de algún otro modo de concebir la existencia. Aunque no había razones para pensar aquello. Pero la idea vino y se quedó rondándome la cabeza. Los demás se aislaban en una esfera de inmovilidad, en sus refrescos, sus bebidas, sus cafés y los llamados a los ocupadísimos meseros. Yo mismo, inmóvil, utilizaba el expreso como barrera. Había sofoco. Excepto en ella, ahora dos pasos más adentrada en el local, cinco dedos musculosos apoyados en el mango del bastón. Miraba. Cuidadosamente, a la busca de algo que sabía parte de aquel pandemónium circunstancial, momentáneo, tenso.

El lento giro de sus ojos se detuvo en un hombre. Un hombre sesentón, como yo. Bebía un café con leche, abstraído en la lectura de cierta nota roja. Algo sobre un autobús, un fallo de los frenos, un barranco. Tan abstraído leía sobre aquellas peripecias, que no sintió en la nuca el peso de la mirada. Mirada circunstancial, momentánea, pues la mujer sacudió ligeramente la cabeza, negando, y la vi continuar su búsqueda. El giro lento terminó por detenerse, ¿cómo evitarlo?, en mí. Puesto que la observaba, nuestros ojos se encontraron con familiaridad casi. Eran los suyos castaños, aún con cierta humedad de vida, acaso tristes. No tardaron en cumplir alguna tarea de comprobación. Luego, la mujer tuvo un gesto ligerísimo de asentimiento e inició su marcha hacia mi mesa.

Esperé, sin duda curioso. Allá afuera, tras el cristal de una ventana, el conductor del autobús hablaba con la gente

del taller. Un tanto excitado, como si quisiera convencerla de algo. Fantasmal, puesto que a causa del vidrio sólo había gestos. Ya estaba la mujer junto a mí. Los cinco dedos sobre el bastón quedaron a escasa distancia de mi atención. Les eché un vistazo: musculosos, de piel enrojecida y coyunturas sobresalientes. El mucho trabajo hogareño; tal vez artritis. Como malamente podía pretender que la mujer no estaba allí, alcé los ojos. Hasta los suyos, éstos aún con cierta humedad de vida, tristes, algunas venillas en la córnea. “¿Vamos?” preguntó, una lejana cortesía en el tono. Quise llamar al mesero, pero aseguré ella que no hacía falta.

Afuera, el frío y la insistencia de la niebla. “La niebla” decía en ese momento el chofer a los otros, los del taller. “No está lejos” la escuché asegurarme y empezamos a caminar, yo respetuoso de su leve cojera o inseguro de apetecer aquella visita. La niebla, insistente, desdibujaba la calle. Una calle empedrada, muros de adobe a los lados y, tras los muros, casas. “¿Fue grave?” preguntó mi acompañante. Hice un gesto vago: “No, un problema de frenos. Se llevará sus horas arreglarlo.” Con el bastón indicó una puerta. Recia, de pino seguramente, casi negra por lo viejo del barniz que la cubría. El llamador, un círculo de metal calado, un rostro indefinido al centro, cuyos labios (¿belfos?) sostenían el otro círculo de metal, éste macizo, que martillaba sobre el yunque. De pronto un vientecillo acentuó el frío sobre mi piel. Con llave de pueblo, grande y también maciza, la mujer abrió la puerta y, una vez más el bastón, hizo un gesto invitándome. Entramos. Aguardé mientras cerraba la puerta con lentitud, con firmeza, como sellándola. “Ya conoces la sala” y se quedó en el vestíbulo mientras yo iba a la habitación indicada. Mis ojos reconocieron los sillones, el sofá de pana gris ya comida por el uso y el tiempo. Sillones cómodos, aunque nunca pude aceptar el color. Ennegrece la atmósfera, fue mi queja. Solía sentarme en el de la izquierda y lo busqué ahora. En el vestíbulo se oyeron roces y, luego, pisadas y, enseguida, la mujer en el dintel.

"Te queda bien; el sillón, quiero decir" y fue a su lugar de costumbre, en un extremo del sofá. "Cuéntame" y apoyó el bastón en el mueble, junto a la mano casi agarrotada. "No sé bien. Un burro, dicen. Surgió de la niebla, sin más. Por no atropellarlo, el chofer giró bruscamente y los frenos no agarraron." Ella asintió con un gesto: "¿Y?" Un gesto me ayudó a decir que no estaba seguro: "El asunto va a tomar horas." Al escuchar esto, la mujer fue relajándose. "Ah, entonces hay tiempo. Dime qué piensas hacer." Le di una repasadita a la petición. "¿Hacer? Nada. Esperar." Uno de los dedos nudosos, el índice derecho, comenzó a sobar la pana: "Siempre te ha gustado esperar. Podríamos hablar" sugirió.

Hablar. Siempre le ha gustado hablar. Yo soy de otro temple. Además, dado lo sucedido, poco se me antojaba. "¿Hablar? ¿De qué?" Ella: "No sé. Cualquier cosa. Simplemente hablar. A veces conviene hablar. ¿Qué va a ocurrir ahora, por ejemplo." En realidad, no era una mala pregunta. "Esperar ¿no?" Me miró con un asomo de burla: "Lo dicho, siempre te ha gustado esperar. ¿Y si llegas tarde por esperar?" No era crítica nueva: "En este caso, no tiene mucha importancia ¿o sí?" Se le fue cerrando el gesto: "Pese a todo, le corresponde enterarse" y me interrogó con la vista. "Sí, ese derecho lo tiene" y tras una pausa agregué "me agradecería mucho estar allí cuando reciba la noticia, para sorprenderle la reacción. En el fondo, se alegrará. Aún le quedan años..." La mueca fue dura: "Eso no se lo merece. ¿Por qué no eres más justo?" Apresuré una aclaración: "No, si quise decir que debe aprovechar esos años. No es ya joven, pero algo puede llegarle. Es más, me alegraría que le llegara."

Mi acompañante miraba en algún rincón de su memoria: "Hubo años agradables. Luego vino el accidente" y lo recono-

cí: "Sí, el accidente lo echó a perder todo. Nunca me perdonó lo de la pierna." Negó con la cabeza: "No, no fue eso, fue lo que estaba detrás ¿o ya lo olvidaste?" Aquella noche en el hospital, concluida la intervención médica, dijo a punto de hundirse en la modorra: Tu lugar está con ella ¿no? Así elegiste. Pero no le hice caso y por la mañana, cuando abrió los ojos, poco a poco fue permitiéndome acceso a sus necesidades externas. Allí, en las necesidades externas, me dejó a partir de entonces. Terminé acostumbrándome.

"Le quedó una vida triste" y la vi tender la mano hacia el bastón. Me atreví a mirar el pasado. Cuando, los dedos tan fatigados sobre el bastón, estaba por levantarse, le contesté: "Sí. De rebote, hizo triste la mía. No nos lo merecíamos ¿o sí?" De pie ya: "En general, nadie se merece la tristeza, pero ella menos que otros. Tu cuota fue bien ganada" e iba a retirarse. "Eso no me lo merezco. Examina mis años, busca allí razones, júzgame luego. Es lo menos que puedes hacer" y estuvo escuchándome con atención. "Tal vez sea justo lo que pides. Voy a prepararte la bebida" y comenzó a irse. A solas, miré otra vez los muebles, seguramente procurando no pensar en lo hablado. Me acerqué a la puerta de la cocina. Ponía ella una tetera al fuego, luego tomó de un estante el tarro gris oscuro y la estuve observando mientras decidía entre algunas cajitas de infusiones.

"Hubo sus momentos, ¿por qué no aceptarlo? Sabías cortejar, incluso ya de casado. Eso merece agradecimiento, aunque estuvieras mintiendo. Ah..." y echó mano a una cajita de color morado, cuyo letrero no llegué a ver. Quedamos en silencio hasta el silbido de la tetera. El agua fue cubriendo el sobrecito puesto en el tarro. "¿Vamos?" y ella con el recipiente en la mano izquierda, volvimos a la sala. Lo colocó en la mesita lateral, puso el bastón donde siempre y regresó a la tarea de mirarme: "Esta noticia no la espera." Le recordé lo obvio: "Nadie la esperaba. Pero mira, un sacudimiento y luego el alivio. Vale la pena, el ratito de sorpresa."

Con la mano derecha movía el saquito de infusión dentro del tarro: "Sorpresa. Es una palabra insuficiente. Va a haber sufrimiento, te lo aseguro." Bien podía yo creerlo y se lo dije, mas insistiendo en el alivio: "¿Por qué te niegas a aceptarlo? Habrá alivio" y ella se asomó a ver la consistencia del brebaje. Dejó de mover el saquito, aunque sin extraerlo todavía. "Habrá, a largo plazo. No es fácil volver a ciertas libertades. Es necesario conquistarlas de nuevo, acostumbrarse a ellas. Esto ya parece listo" y me miró de lleno por primera vez desde que volvimos de la cocina. Recibí el tarro sin renuencias, aunque sin beber aún: "Dile que no sea tonta, que aproveche la oportunidad... Está muy caliente" opiné tras dar un sorbo tentativo. "Te hará dormir poco a poco; de nada te darás cuenta" y sonó el teléfono. "Bebe" fue su orden y obedecí, permitiéndome esta vez una serie de tragos que bajaron el líquido hasta la mitad. Satisfecha, acudió al llamado insistente del teléfono. "Seguramente es la compañía de autobuses, para dar la noticia" creí escuchar mientras comenzaba a meterme en la oscuridad del sueño. ♦

